

La esencia paisajística

En estos últimos años he podido observar diversas muestras de paisajes, lo cual me lleva a reflexionar si dentro de las tantas clases de desórdenes que imperan hoy en el espectro artístico, esto no es un signo de regreso a las iluminaciones que antes alumbraron el camino de tantos artistas en el mundo.

En el caso de Guillermo Bekes, no hay dudas. Desde casi sus primeras apariciones he seguido su crecimiento, metafóricamente dicho como si hubiera contemplado el proceso de una semilla transformarse en planta de un jardín infinito.

Porque de eso se trata la naturaleza. De un universo en el que las imágenes se multiplican y sufren mutaciones que, en un sentido más profundo, acompañan el ritmo de la vida. Y allí puedo ver en Bekes ese trazo que desde aquellas otrora formas más apretadas por querer ser más reales, ahora transita la esencia de que está compuesta la verdadera invisibilidad natural. Como escribía el escritor francés Alain en sus *Veinte lecciones sobre las bellas artes*: “el jardinero-pintor obedece a la naturaleza sin imitarla”.

En los trabajos presentados por Bekes en esta exhibición, se encuentran quizás tres temáticas definidas. La que agrupa caseríos, con sus alrededores poblados por las figuras características – a veces no específicamente detalladas – que pueden ser personajes rurales o simplemente animales, en particular caballos.

Allí surge ese típico paisaje que se entrevé entrerriano o de algunos parajes de la provincia de Buenos Aires o del campo argentino en general (aunque pertenezcan al primero de los nombrados), con sus característicos cañadones, árboles desperdigados en montes salpicados en la llanura y el pastaje natural.

Un detalle de textura se puede observar en la reproducción de “Las Mañanitas”, incluida en blanco y negro en el catálogo, para resaltar sus relieves.

En varios cuadros el factor matérico pesa y apoya en la base la imagen que perfila el horizonte o agrupa esas nubes desplegadas a veces armónicamente en el firmamento: “Rancho blanco” es un ejemplo de esta textura.

Aunque para mí el paisaje que mejor resume los elementos que Guillermo Bekes maneja en sus telas es “Campo abierto”; ahí está el llano, las casas, el pasto, los árboles, la amalgama completa que signa el entorno del habitante del campo. Una asimilación que estima la contemplativa serenidad agreste de la naturaleza, con su espacio aéreo.

También es sus obras con caminos como protagonistas, se establece un diálogo entre el follaje y la simpleza del terreno, abierto como una herida en la sinuosidad del amplio espectro verde.

Y finalmente el agua, con el río fulgurante y sus reflejos equidistantes, voz predominante que incorpora un bote como personaje silencioso de esa otra realidad acuosa que surca los esteros.

Todo existe en esta virtuosa realización pictórica que el artista obtiene a través de una estrecha relación volitiva con el mundo que vive y nos transmite en una comunicación visual que encierra su personal interpretación subjetiva de la realidad campestre.

Bekes ha conseguido adentrarse en ese espíritu demarcante de sombras, líneas, colores y demás elementos sensibles que conforman sus paisajes del suelo entrerriano. Aunque actualmente también incursiona por otras tierras como la española, donde conviven tantas visiones que alimentarán en un futuro su propia visión auténtica y renovada.

Esta exposición que reúne hoy la Galería El Socorro, una de las pocas en la ciudad de Buenos Aires donde se ven asiduamente paisajes, es un índice de la solvencia técnica y la compenetración espiritual que Guillermo Bekes ha consustanciado en sus obras y que lo remiten calificativamente a ser tenido como uno de los mejores exponentes de su generación en esta noble temática.